

JAVIER ZAPATA



Compliance officer y director de Regulación de Banco Popular. Presidente de Emisores Españoles. Codirector del Observatorio de la Reforma de los Mercados Financieros Europeos de la Fundación de Estudios Financieros.

Cantante y guitarrista. En mayo de 2015 publicó su primer disco de canciones propias *Aquellos largos jueves*. Hoy mantiene una web, www.javierzaci.com, donde publica sus canciones, que pueden escucharse en Spotify, iTunes y en su canal de Youtube.



LA NOCHE DE LAS MADRES

Unas máscaras ceremoniales, a modo de adorno tosco y primitivo, cubren con algún desorden las paredes del local. Representan demonios fantasmagóricos con el propósito de infundir pavor, o al menos, cierto respeto, al extranjero invasor, y, hoy, al turista poco prevenido. Aunque, según algunos, el origen de esas máscaras se pierda en el tiempo, su uso se generalizó mucho después, en las fiestas que cada fin de año celebraban unas victorias legendarias de los indios Boruca sobre los conquistadores.

Hemos quedado en la recepción del hotel, si se puede llamar recepción a esta rústica cabaña con techo de paja. Está frente al embarcadero, desde el que se accede por una amplia escalera con una barandilla de madera que dibuja formas sinuosas, como diseñadas por un aborigen seguidor de Gaudí. Azuzados por el afán de aventuras, hemos terminado de cenar mucho antes de lo habitual. Unos minutos antes de las diez aparece Chito, nuestro guía, cincuentón, renegrido, atlético y simpaticón. Una pareja de novios completa, con mis amigos, el pequeño grupo expedicionario.

Nos montamos en una lancha que nos lleva hasta la minúscula aldea de Tortuguero. Cruzamos entre los ranchitos y el campo de juego. Rápido atravesamos unos callejones, apenas iluminados por la luz ocasional de alguna casa, tratando de evitar que algún otro grupo se nos adelante y perdamos una eventual prioridad. No habrá problema, apenas encontraremos a nadie más.

Nos adentramos en el parque nacional. Unos cuantos vericuetos más, ya sin luz, y algún otro rodeo por el bosque, más y más frondoso a cada paso, desembocamos frente al mar abierto, que rompe en la playa con violencia. Estamos solos ante un mar Caribe que poco tiene que ver con las estampas al uso. Mar peligroso que ha horadado la playa, de modo que tenemos que parar abruptamente para no caer en el socavón que separa la selva del mar. Fuertes corrientes que desaconsejan el baño. Nadie habrá que lo intente en estos días. El calor, pegajoso, y apenas encontramos vestigios de ese eterno verano caribeño que alguna vez soñamos como destino de una hipotética huida. Aquí han caducado todos los folletos de viajes, con cocoteros, hamacas, que ya se habrían volado, cremas y aceites. Aquí no queda ninguno de los limones salvajes del Caribe, de aquel mítico anuncio de nuestra adolescencia.

Las instrucciones han sido claras y terminantes: ropa oscura y preferiblemente negra; no llevar móviles, linternas, cámaras ni ningún otro instrumento cuya luz pueda alterar la total oscuridad; calzado cerrado y deportivo.

Paramos un instante para recibir las últimas instrucciones de Chito: seguir muy juntos, en línea, cogidos de la mano y siempre veloces. El único peligro es el terraplén a la izquierda entre el mar y nosotros. No llevamos más luz que la pequeña lamparilla roja de Chito que apenas alumbraba. Es lo que tiene la noche en la selva: una oscuridad casi inconcebible para un urbanita. Bien lo aprendí, cuando, después de ver la puesta de sol desde la gran pirámide de Tikal, tuvimos

que bajar, por intuición y con grave riesgo, cientos de escalones hasta el suelo.

La playa, hasta hace poco completamente oscura, se empieza a distinguir con nitidez. Poco a poco, mientras los ojos se acostumbran a la oscuridad, nos enfrentamos a un espectáculo sobrecogedor. La naturaleza nos ha querido regalar algo poco habitual por estas latitudes o en esta época. Un cielo resplandeciente, sin una sola nube, sin luna, en el que cuelga toda la luminaria del firmamento. Toda la galaxia ilumina absorta nuestra aventura y nos sentimos profundamente agradecidos. Los primitivos moradores de estos bosques vieron dioses y antepasados en cada estrella. Nos parece natural. La espuma del mar brilla en medio del oleaje. El panorama merece la pena por sí solo, sin necesidad de que pase nada más, o aunque las protagonistas de la noche no lleguen a hacer acto de presencia.

Al rato, Chito nos hace correr hasta un gran bulto que se mueve sobre la arena. Es una tortuga verde, enorme, imponente, de más de un metro de caparazón, que busca, sin acabar de encontrar, el lugar adecuado para poner sus huevos, en la línea más alta donde alcanza la marea. Desiste de la búsqueda y se dirige a la orilla. Este no es su mundo. Acostumbrada a moverse en el mar, se le ve algo desubicada en tierra. Aquí fuera su paso es lento. En realidad, solemne, majestuoso. Mueve sus patas con parsimonia desesperante para cualquier internauta adicto al clic instantáneo.

En cambio, el quelonio muestra una resolución que ya nos gustaría para nosotros. Aunque le cueste un mundo, madre coraje se revuelve contra viento y marea. Obedece a un propósito inquebrantable de protección de su descendencia, de perpetuación de su especie. Es el momento preciso que justifica su existencia. Para ello ha buscado los mejores progenitores de sus hijos, aunque, por lo que nos cuentan, se ha apareado con todos los que se le han acercado, sin hacer muchos ascos a los menos dotados. De todas

esas relaciones ha cosechado un enorme número de huevos, que agrupa según los distintos donantes, que irá poniendo a lo largo de estas semanas.

Su aparición esta noche nos traslada a algún pasado remoto en el que esta criatura prehistórica ponía sus huevos sin testigo alguno. Todavía, los hombres íbamos a tardar mucho en aparecer por aquí. Estamos ante un ritual que empezó hace muchos miles de años, que nosotros no podemos ni osamos perturbar.

Aunque parecía que iba a tardar una eternidad, pronto la perdemos de vista en el mar que se la traga.

Reconfortados con nuestra primera experiencia, nos ponemos en marcha a paso ligero, un trecho bastante largo, de más de un kilómetro. Un pequeño grupo nos hace señales de que hay otra tortuga. Acaba de abrir el hueco, el hogar, para empezar a poner sus huevos. Nos acercamos y la rodeamos con cuidado de no tocarla. La encontramos completamente ensimismada, mientras los huevos, gelatinosos, irrompibles a pesar de la caída, van apareciendo de uno en uno, unas veces, a pares, otras. Totalmente ajena a nosotros, no parece percatarse de que Chito le separa las patas traseras para que tengamos una visión más completa del acto. Contemplamos con unción, la atención delicada de la tortuga al proteger a sus huevos. Cariño maternal más humano que el de tantos humanos.

Pone más de cien. Mientras contemplamos a la tortuga, sentimos unos pasos sigilosos a nuestra espalda. Se nos acercan tres siluetas con una tenue luz roja. Traen prisa, aunque sin hacer apenas ruido. Son el equipo de conservación de tortugas del parque natural. Nos piden un poco de sitio. Miden su caparazón de noventa y tres centímetros. No la tenían catalogada. Le fijan una especie de grapa de metal en la pata para identificarla. La tortuga no se inmuta.

Esther, una joven bióloga asturiana dirige el equipo. Se vuelve a nosotros. Con el reflejo de la escasa luz, le brillan

los ojos, claros, vivaces, mientras nos explica su trabajo entre las tortugas. He visto antes esa mirada en personas únicas, enamoradas, que estrujan su vida por un sueño.

En voz baja, en confianza, nos habla de la vida de las tortugas, que cuida como suyas. De las carey, las más amenazadas debido a su alto precio en el mercado ilegal. Del proyecto de conservación, que cuenta con los habituales apoyos internacionales, seguramente insuficientes. Nos cuenta su vida aquí en el bosque lluvioso.

Su trayectoria vital me parece lo más emocionante. Quiero preguntar cómo se llega desde los Picos de Europa hasta aquí. «Es una larga historia. Se dan muchos tumbos para llegar». «¿Volver? Al final, como las tortugas, siempre terminas por volver a la misma playa, pero ¿para qué?». Sonríe misteriosamente mientras parte en busca de nuevos ejemplares. Nos despedimos quedamente.

Después, la tortuga, con las mismas patas traseras con las que lo cavó, cierra el hoyo. Ahora es consciente de lo que pasa a su alrededor. Se da cuenta de nuestra presencia, no deseada. Como buena madre que es, rellena con paciencia el hueco, y se asegura de que no haya rastro del nido. Ha cumplido todo lo que le incumbe. A partir de ahora, deberá dejar sus hijos a su suerte. Todo está por escribir, hasta el sexo, que dependerá de la temperatura del nido. El futuro, con todos sus peligros, ya será enteramente suyo.

El proceso dura unas horas. Sin prisa pero sin pausa, da por concluida su obra y, por fin, se encamina al mar, donde no tendrá testigos molestos, ni rival alguno, salvo quizá los tiburones que pueblan la zona. Allí esperará nuevos machos que requieran su atención.

Nos sorprende saber que estas tortugas, que vagan por el océano a lo largo de todo el año, pueden volver con precisión a los mismos sitios para anidar, sin necesidad de brújula o GPS. Con seguridad, volverán a esta misma playa en dos o tres años.

Los huevos se partirán dentro de un mes. Las criaturas recién nacidas correrán por instinto hacia la orilla, atraídas por la luz en movimiento, jugándose la vida entre todo tipo de depredadores que, nunca mejor dicho, harán su agosto. No más de dos o tres tortugas sobrevivirán de los más de cien huevos. Años después, las que alcancen la madurez, volverán a esta misma playa para continuar el rito ancestral de sus madres.

Es hora de volver.

Esta vez Chito nos conduce un pequeño trecho por la playa, hasta llegar a un claro en el que se advierte un sendero serpenteante que se interna en la selva. Saca una pequeña linterna, que esta vez da una luz blanca que ilumina de verdad el terreno. Vamos en silencio y medio en fila india, aunque ya no hay instrucciones que valgan. El camino es angosto para andar en otra formación. Nadie articula palabra por la pura emoción. No hay nada que añadir.

El desove de las tortugas fue razón poderosa para convencer a mis colegas de que éste debía ser el destino de nuestra escapada anual, y no otra más musical, Nueva Orleans o Glastonbury, o más fiestera, cualquier otro sitio en el Caribe. Al llegar, y contra todo pronóstico, todo fueron obstáculos. Diego, el guía que nos trajo desde San José, olvidó precisamente ésta, al explicarnos todas las posibles cosas que hacer aquí. Al llegar a Tortuguero, David, el gerente del hotel, nos desaconsejó cualquier intento de ver tortugas, ya que estaba empezando la temporada y había muy pocas. David no sabía cómo hacernos desistir ante nuestra decisión: «Seguramente no haya tortugas», «Un guía me dijo que ayer vieron algunas», «No les puedo asegurar que esta noche vaya a haber», «Es la única oportunidad que vamos a tener de verlas», «Si no ven tortugas, no le devolvemos el dinero», «Si no veo tortugas, me compraré el DVD del National Geographic».

Este sorprendente desinterés parece tener algo que ver con ciertas noticias del año pasado sobre la aglomeración de

turistas que había impedido el desove en alguna playa del Pacífico costarricense.

Duermo entre sueños extraños de mujeres errantes que tienen hijos en medio del mar o en el espacio, que para mí, no debe ser tan distinto. Recuerdo retazos de nuestras conversaciones. «¿Para qué volver?». Despierto acalorado. Antes de lo previsto, empieza a amanecer. No llegaré a hacerme con el horario local hasta el día en que me tenga que ir. Me levanto con presteza y me encamino a la recepción. El mismo David de ayer apenas da crédito cuando le pido repetir la experiencia esta misma noche.

Volvemos a la playa casi solos. Vemos más tortugas, grandes, orgullosas, aunque algunas nubes tapan buena parte de las estrellas. No hay pista alguna de Esther ni de su equipo. Cuentan que han encontrado una tortuga carey y no se apartan de ella, ni tampoco del nido, que vigilan como un tesoro.

Regresamos. Los demás visitantes, menos insistentes que nosotros, se quedaron sin el milagro. Al día siguiente, y aún hechizados por la hazaña, tampoco haremos ostentación de la aventura. Ahora, solo quizás en el caso improbable de que alguno de nuestros compañeros llegara a leer estas páginas apresuradas. O ahora también, si pudieran leer en mis ojos eso que leí en los ojos de Esther.

